

IX.

Un sarao ministerial.

La noche en que el nuevo Ministro daba la gran fiesta, el arrabal San German presentaba una fisonomía extraordinaria. Las callejuelas ordinariamente silenciosas mucho ántes que en las otras cese el ruido, se despertaban alborotadas con el estrépito de los ómnibus, obligados por la fiesta oficial á cambiar de itinerario. Otras, por el contrario, acostumbradas al ruido, al constante rumor de las grandes arterias parisienses, se asemejaban aquella noche al lecho de un río abandonado por las aguas, vacías, silenciosas, agrandadas y vigiladas á la entrada y á la salida por un guarda á caballo, por un cordón de agentes de orden público, que con la capucha echada sobre el quépis y con las manos dentro de las mangas á manera de manguito, daban el alto á los carruajes, diciendo :

—No se pasa.

—¿ Hay fuego ?

—No, señor; hay sarao en el palacio de la Instrucción pública.

Entre los transeuntes trasnochadores no faltaban algunos que, á pesar del frío, se detuvieran formando filas de curiosos delante del palacio ministerial. Una *sombra pequeña*, extraña, envuelta de piés á cabeza en una manta de campesina, hasta

el punto de no dejar ver más de ella que unos ojos penetrantes y agudos, iba y venía, doblándose como una caña, rechinando los dientes, como dominada por la exaltación de la fiebre ó de la embriaguez. Ora se precipitaba hácia los carruajes, estacionados á lo largo de la calle de Grenelle, ora volvía hácia la puerta principal, donde, rompiendo la fila, entraba libremente la carroza de algun alto funcionario, y entónces, apartando la gente, decía : «Perdon, señores..... dejadme que vea un poco.....» Y la pequeña sombra se inclinaba hácia adelante, á riesgo de que la aplastaran las ruedas de los coches. Era Oliverta, que habia querido darse cuenta de cómo todo aquello pasaba. ¡ Con qué orgullo miraba aquella multitud dorada, tantas luces, los soldados á pié y á caballo, todo aquel rincón de París trastornado y como fuera de sí para oír el tamborín de Valmajour ! Porque la fiesta se daba en honor suyo, y ella estaba convencida de que aquellos arrogantes señores y hermosas damas tenían el nombre de Valmajour en los labios. Desde la puerta de la calle de Grenelle corría á la de Bellechasse, por donde salían los carruajes; se acercaba á un grupo de guardias de París ó de cocheros, que procuraban calentarse en torno de un brasero puesto en medio de la calle, y se sorprendía al oírles hablar del frío, que era grande; de las patatas, que se helaban en los sótanos, de cosas absolutamente indiferentes á las fiestas y á su hermano. Sobre todo, Oliverta se irritaba al ver que la fila de carruajes, que no dejaba de adelantar entrando en el patio de palacio, no concluía nunca, porque ansiaba ver llegar la última, pensando que la fiesta no empezaría hasta entónces. Mas la noche adelantaba; el frío se hacía más penetrante; sus piés se helaban hasta hacerla llorar, á pesar de su contentamiento, que la embriagaba, al pensar en la gloria de su hermano y en la realización de sus ambiciones.... Al fin se decidió á volver á su casa, no sin dirigir una última mirada á

todos aquellos esplendores, cuyo recuerdo la acompañó por las calles desiertas en aquella noche glacial.

¿Qué hubiera dicho si viera todos aquellos salones de blanco y oro, aumentados por los espejos que reproducían el fuego de las arañas, multiplicaban el brillo deslumbrador de los diamantes y de las condecoraciones, que parecían soles artificiales retenidos por largas cintas coloradas!.....

Allí había, en efecto, mezclados con los títulos más aristocráticos, ministros, generales, embajadores, miembros del Instituto y del Consejo superior de la Universidad. Nunca, ni aún en las Arenas de Aps, ni en el gran certámen de los tamborileros de Marsella, había tenido Valmajour auditorio semejante; aunque, á decir verdad, él ocupaba muy reducido espacio en el programa de esta fiesta, que él creía se daba en honor suyo. El programa, adornado con maravillosos adornos de pluma, anunciaba, en efecto: *Aires variados de tamborín*, con el nombre de Valmajour mezclado al de los más ilustres artistas; pero nadie miraba el programa. Sólo los íntimos de la casa, las personas que estaban al corriente de todo, decían al Ministro, que estaba en pie á la entrada del primer salón:

—¿Conque tenemos un tamborilero?

Y su Excelencia decía con aire distraído:

—Sí, es una fantasía de las señoras....

Nadie se preocupaba del pobre Valmajour. Para el Ministro había otro estreno que le preocupaba más. ¿Qué iban á decir de ella? ¿Obtendría un triunfo? El interés que la niña le inspiraba ¿no le había ilusionado respecto á su talento y facultades artísticas? Véase cogido, aunque aún no quería confesarlo, mordido como estaba hasta los huesos por una pasión de hombre de cuarenta años; y Numa sentía la angustia del padre, del marido, del amante, del tapicero, de la cantarina; una de esas dolorosas ansiedades como las que se ven desarrollarse detrás de los bastidores de los teatros en las noches de estreno.

Esto no le impedía ser amable, solícito, acoger á los invitados con suma amabilidad.... ¡Cuánta gente, Dios mío!..... ¡Cuántas caretas y caretillas! ¡Cuántas muecas, sonrisas, resoplidos, arrastramientos de piés, reverencias!..... ¡Cuántas efusiones!..... A pesar de la uniformidad, no faltaban, sin embargo, variantes, diversidad de tonos y de accidentes. Apartándose de repente, rechazando casi al querido invitado á quien estaba á punto de entregar su corazón, de prometer en voz baja multitud de favores inapreciables, el Ministro se adelantó á recibir á una gruesa señora, de encendido color y ademán autoritario, exclamando: «¡Ah! la señora Mariscal!» Ofreció su brazo á un enorme brazo rojo, oprimido por un guante de veinte botones, y condujo á la noble señora de salón en salón, entre una doble fila de fracs, respetuosamente inclinado, hasta la sala del concierto, donde madama Roumestan y su hermana hacían los honores.... A la vuelta, Roumestan siguió distribuyendo apretones de mano y palabras cordiales, repitiendo á derecha é izquierda: «Contad con ello.... Es cosa hecha.... ó lanzando rápidamente un «Buenos días, amigos.» Y para calentar la recepción y establecer una corriente de simpatía en aquella solemnidad mundanal, presentaba las personas, unas á otras, sin prevenirlas: «¡Cómo! ¿no os conocéis?..... El Sr. Príncipe de Anhalt.... El Sr. Bos, senador.....» Sin apercibirse de que, apenas pronunciados sus nombres, aquellos señores, después de saludarse con una inclinación de cabeza y de decir: «Caballero.... caballero....» Esperaban apenas á que el Ministro volviera la espalda para volvérselas también ellos recíprocamente con aire feroz.

Como la mayor parte de los combatientes políticos, el bueno de Numa, una vez vencedor y en el poder, se había detenido. Sin dejar de pertenecer al partido del orden moral, el vendeano del Mediodía había dejado enfriar su fuego por la causa y dejaba dormir las grandes esperanzas de la reacción,

empezando á encontrar que la cosa pública no marchaba tan mal con la República como ántes creyera. ¿Por qué hemos de alimentar estos odios furibundos entre hombres honrados? Él deseaba la paz, la indulgencia general, y contaba con la música para operar una fusion entre los partidos; sus conciertos quincenales debian ser un terreno neutral de goces artísticos y de cortesía, donde los personajes más enemigos podrian encontrarse y apreciarse léjos de las pasiones y de las tormentas políticas. De esto resultaba una mezcla singular en las invitaciones, y tambien un malestar, cierto embarazo en los invitados, coloquios en voz baja vivamente interrumpidos, un ir y venir silencioso, miradas distraidas dirigidas al techo..... Sentian los huéspedes del Ministro frio y calor á un tiempo, pudiendo decirse que la helada de la noche, atravesando las gruesas paredes y los tapices, producía en los salones ministeriales un frio moral. Las carreras que daban Rochemaure y Lappaza, encargados de instalar á las señoras, interrumpian la monotonía ambulante de todas aquellas gentes que se aburrían; la sensacion producida por la entrada de la hermosa madama Heubler, adornada con plumas, ostentando su seco perfil de muñeca; su sonrisa, estereotipada como la de las figuras de cera de las peluquerías, distraian un momento á los asistentes; pero el frio volvía pronto á recobrar su imperio.

«Ni el diáblo es capaz de deshelar estos salones de la Instruccion pública..... La sombra de Frayssinous se aparece aquí por las noches.....»

Esta reflexion, dicha en alta voz, salía de un grupo de jóvenes músicos, que rodeaban al director de la Ópera, á Car-dailiac, filosóficamente sentado en una banquetta de terciopelo colocada ante el pedestal de la estatua de Molière. Estaba muy grueso, casi sordo, con el bigote blanco, y no era ya fácil reconocer en él al listo y parlanchin empresario de las fiestas del

Nabab. En este idolo majestuoso, cuya faz inflada é impenetrable parecia adormecida; sólo sus vivos ojos recordaban al parisién hablador, su ciencia feroz de la vida, su espíritu, que pudo en un tiempo compararse á un baston de espinas rematado en puntiagudo hierro y endurecido al fuego de las candilejas del teatro; pero satisfecho, redondeado, temeroso de perder la direccion de la Ópera al llegar al término del contrato, escondía las uñas y hablaba poco, contentándose con hacer en voz baja sus observaciones sobre la comedia oficial, y riendo silenciosamente.

—Boissarie, hijo mio, decia por lo bajo á un jóven intrigante tolosano, que acababa de lograr que pusieran en escena en la Ópera un baile suyo, despues de no haber esperado más que diez años, ganga en que nadie se atreveria á creer..... Boissarie, tú que lo sabes todo, dime cómo se llama aquel solemne personaje bigotudo, que habla familiarmente con todo el mundo, y que anda detras de su nariz con aire de recogimiento, cual si fuera al entierro de su apéndice..... Debe ser de la casa, porque me ha hablado de teatros con cierta autoridad.

—No lo creo, patron..... Más parece un diplomático. Hace poco, decia al representante de Bélgica, que habian sido colegas durante mucho tiempo.

—Os equivocais..... debe ser un general extranjero. Hace un instante peroraba en un grupo de entorchados, y decia en voz alta: «Es preciso no haber ejercido nunca un mando militar.....»

—¿Cosa más extraña!

Consultaron á Lappaza, que pasaba, y respondió riendo:

—Es Bompard.

—¿Quién es Bompard?

—El amigo del Ministro..... ¿Cómo no le conocéis?

—¿Es del Mediodía?

—Pues ¿de dónde había de ser?

Era Bompard, en efecto, embutido en un frac negro con cuello y bocamangas de terciopelo, que procuraba animar el sarao de su amigo hablando con unos y con otros. Desconocido era en el mundo oficial, en el que se presentaba por la primera vez, y no dejaba de producir sensacion yendo de grupo en grupo á lucir sus facultades inventivas, sus visiones fulgurantes, sus relaciones de amores reales, de aventuras y combates, de triunfos en los tiros federales, que producian en todas las fisonomías en torno suyo la misma expresion de sorpresa, de malestar y de inquietud. Sin embargo, la novedad de aquel tipo no bastaba á contrarestar el aburrimiento que empezaba á notarse hasta en la sala del concierto, que era inmensa y muy pintorescamente arreglada, con dos galerías sobrepuestas bajo una gran montera de cristales y decorada con palmeras, cocoteros, plátanos y otras plantas tropicales sobre cuyo fondo, de verde oscuro, que daba una apariencia de frescura, se destacaban los vestidos de colores claros de las señoras, alineadas en innumerables filas de sillas. Aquello parecia un bosque ondulante de gargantas, de hombros, de brazos desnudos, mezclados, revueltos con plumas, cintas, brillantes, encajes, cabellos rubios, castaños ó negros y perfiles indecisos; aquí, dejando ver las líneas curvas de la obesa; allá, las rectas y agudas de la flaca.... Sobre aquella variada confusion se agitaban los abanicos, cual mariposas sobre las flores, esparciendo toda clase de aromas y perfumes.

El espectáculo era brillante; pero el malestar se reflejaba en todas las fisonomías, no sólo por el aburrimiento presente, sino por la expectativa de las dos horas que debía permanecer cada espectador en su puesto, ante la estrada donde, formados en medio círculo los coristas, lucian sus negros fracs, y las coristas sus vestidos de muselina blanca, impassibles como si estuvieran en actitud de fotografiarse. La orquesta es-

taba oculta detras de una espesa línea de arbustos, aunque no tanto que no la denunciáran los mangos de los contrabajos. ¡Oh! ya conocian los espectadores el suplicio de la música, que figuraba entre las fatigas de su invierno y sus crueles carreras mundanales; así es que, fijándose un poco, no se hubiera encontrado más cara verdaderamente satisfecha y sonriente que la de madama Roumestan. No porque su sonrisa fuera de esas que la dueña de la casa está obligada á mostrar á sus huéspedes, sin perjuicio de cambiarla en expresion de fatiga y de ódio cuando cree que no la miran, sino porque era realmente feliz, porque se creía amada, porque recomenzaba la vida para ella. ¡Oh ternura inagotable de un corazón que no ha palpitado más que una vez! Rosalía volvía á creer en su Numa, tan bueno, tan amante desde hacia algun tiempo. Parecíale que sus dos corazones volvian á encontrarse despues de larga ausencia. Sin preocuparse del origen del renacimiento de su ternura, ella volvía á encontrarlo amante y jóven como cuando se conocieron.

Tambien Hortensia estaba muy linda con su vestido azul, todo cubierto de tul del mismo color, inclinando algo hácia adelante su esbelto talle; pero el estreno de su músico le preocupaba, preguntándose á sí misma si á aquel público refinado agradaría la música campestre y de carácter local, y si no hubiera valido más, como decia Rosalía, encuadrar el tamborin en un marco de sombríos olivares y de colinas accidentadas.... Silenciosa, conmovida, la jóven contaba en el programa del concierto todo lo que debía tocarse y cantarse ántes de que llegara el turno á Valmajour....

Al fin el concierto comenzó; los coristas se pusieron en pié con sus papeles en la mano y entonaron el coro de Glück....

¡Ah! en este bosque funesto y sombrío....

El gusto de la música se ha generalizado en Francia desde

hace algunos años. En París sobre todo, los conciertos dominigueros, los de la Semana Santa, y una porcion de sociedades particulares, han sobreexcitado el sentimiento público y vulgarizado las obras clásicas de los grandes maestros, poniendo á la moda la erudicion musical; pero en el fondo, París es demasiado vivo, y, por decirlo así, cerebral, para ser muy apasionado por la música, que nos absorbe é inmoviliza, dejándonos sin voz y sin pensamiento, meciéndonos y adormeciéndonos, magnetizándonos con una pasion que no tiene realidad, vacía hasta el aburrimiento. ¡El aburrimiento! Tal era la nota dominante en el concierto del Ministerio de Instrucción pública. A pesar y bajo la falsa admiracion exigida por el bien parecer, el aburrimiento subia poco á poco, apagaba la sonrisa y el brillo de los ojos, deshacia las lindas y lánguidas posturas, las actitudes de atencion, y las largas filas de sillas se removian, como fatigadas de no poder cambiar de postura, como para reanimarse, en medio de los «¡bravo..... divino..... delicioso.....!», acabando por sucumbir al adormecimiento invasor que se desgajaba, elevándose como la nieve, hasta extenderse á lo léjos, mezclándose en la indiferencia de los artistas, que desfilaban unos tras otros sobre la estrada.

Sin embargo, el Ministro habia reunido allí á los más famosos é ilustres de París. La Vauters canta como nadie el *Apaisement*, bella romanza de Beethoven; pero hace ya treinta años que la canta, y las cuerdas de su instrumento se han gastado á fuerza de usarse, y la garganta de una cantatriz no puede renovarse como las cuerdas de una guitarra. Su arte, su método, sus actitudes, son siempre las de la gran artista; pero su voz se ha extinguido y no puede dar ya las notas de otros tiempos.

¿Quién otro que Mayol, el hermano Mayol, sabria cantar la serenata de *Don Juan* con tanta delicadeza, con tanta pasion?

Desgraciadamente ya no se le oye, por más que se levante sobre las puntas de los piés, con el cuello extendido, hilando la voz hasta el fin y acompañándola con el gesto desenvuelto de la hilandera, que estruja la lana entre el índice y el pulgar..... Nada sale.... nada. París, que agradece sus pasados placeres, los aplaude sin embargo; pero sus voces usadas, sus fisonomías envejecidas y demasiado conocidas, especie de medallas cuya constante circulacion ha borrado la efigie, no bastan á disipar la niebla del aburrimiento que se cierne sobre la fiesta ministerial, á pesar de los esfuerzos que hace Roumestan para reanimarla lanzando bravos de entusiasmo en medio del grupo de los fracs negros, y tratando de hacer callar á los que hablan en los salones contiguos sin preocuparse del concierto.

Alisa Bachellery aparece en la escena, y su presencia despierta y remueve á todo el mundo. La masa de los fracs negros que llenaba ambas puertas de la sala invade ésta, empujada por la que llena los salones, excitada por la curiosidad de ver á la pequeña *diva*, que se presenta en la estrada con la faldamenta corta de una niña, con la boca entreabierta, como si la sorprendiera la presencia de tanta gente..... «*Calientes, calientes, á los panecillos de harina de flor*», cantaban entre dientes los jóvenes de los clubs, con el gesto canallesco exigido por el fin de la copla. Los viejos profesores de la Universidad se acercaban impacientes, alargando el cuello y torciendo la cabeza para oir mejor y no perder la más mínima intencion de la cancion picaresca puesta en moda. La desilusion fué completa cuando la *chiquilla*, con una vocecilla corta, entona un gran aire de *Alceste*, que acompaña la Vauters, animándola desde los bastidores. Las caras se alargan, los fracs desertan y recomienzan á errar, tanto más libremente, cuanto que el Ministro ya no los vigila, por haberse ido al fondo del último salon, llevando del brazo á Mr. de Boo, aturdido de recibir tal honor..... ¿Qué se habian hecho veinte años de

tribunal y quince de tribuna parlamentaria? Habian hecho á Numa ser bastante dueño de sí mismo para guardar en medio de las sesiones más agitadas y de las interrupciones más violentas la idea fija y la sangre fría del *jacland*, que pesca en plena tormenta; pero en cuanto la pasión se mezcló, se encontró débil entre los débiles, temblando y cobarde hasta el punto de buscar apoyo en el brazo de un imbécil ántes que escuchar la menor crítica de su ídolo.

—Perdonad, os dejo..... ya estamos en el entreacto..... dijo devolviendo á su oscuridad al jóven funcionario del tribunal de Cuentas, que no volverá á salir de ella.

Todo el mundo corre hácia el aparador; todos aquellos desgraciados, á quienes han devuelto el movimiento y la palabra, parecen rejuvenecidos y procuran hacer creer á Numa que su protegida ha obtenido un éxito completo. Lo rodean y lo felicitan; el uno le dice que ha estado divina; el otro que deliciosa; mas nadie le habla de lo que le interesa; y viendo á Cardaillac que pasa cerca de él, andando de lado para hacerse camino entre la apretada multitud, sirviéndose de su ancho hombro, cual pudiera de una palanca, le dice:

—¡ Y bien! ¿ Qué os ha parecido?

—¿ Quién?

—La pequeña, dijo Numa, procurando aparecer indiferente.

El otro, que era listo, comprendió y respondió sin vacilar:

—¡ Es una revelación!.....

Al enamorado Ministro le subian los colores al rostro, como si tuviera veinte años, y añadió:

—De manera que la creéis buena para la ópera.....

—Sin duda..... Pero necesita quien sepa mostrarla; esto lo dijo Cardaillac riendo maliciosamente, como quien dice: «Eso depende de mí.» El Ministro corrió á llevar la buena nueva á la señorita Alisa, mientras Cardaillac continuó en la direc-

ción del aparador, que se veía en el fondo de una sala, cuyas paredes ostentaban adornos de oro sobre fondo oscuro. A pesar de la severidad sombría de la sala, del ademan tieso y majestuoso de los maestresalas, el mal humor y el fastidio se disiparon ante el inmenso mostrador cargado de cristalerías, de frutas, de pirámides de emparedados y de toda clase de golosinas apetitosas y suculentas. La humanidad recobraba sus derechos..... Las actitudes eran ansiosas; las miradas voraces. Entre el menor espacio libre, entre dos corsés, entre dos cabezas inclinadas sobre la tajada de salmon ó el ala de pollo, un brazo se adelantaba buscando un tenedor ó un panecillo, rozando la manga negra ó la reluciente charratera con el polvo de arroz que blanqueaba el redondo hombro ó el largo cuello. Se hablaba con animación; brillaban los ojos; las risas resonaban bajo la influencia de los vinos espumosos. Cruzábanse palabras sueltas, frases interrumpidas, respuestas á preguntas ya olvidadas. De un rincón salían gritos indignados. «¡ Qué horror!..... ¡ Es espantoso!.....» decían en torno del sabio Buhul, el enemigo de las mujeres, que continuaba hablando mal del sexo débil.....

Una querrela de músicos:

—¡ Ah! querido, tened cuidado..... Negais lo que veis.....

—¿ Es verdad que no tiene más que quince años?

—Diez y seis años de eurenía y otros cuantos de botella.

—¡ Mayol!..... ¡ Vamos allá, Mayol! Eso acabó; está vacío. Y sin embargo, la ópera le da todas las noches dos mil francos.....

—Sí, pero gasta mil en que los alabarderos le aplaudan, y el empresario Cardaillac le gana los otros mil al tresillo.

—Burdeos..... Chocolate..... Champagne.....

—..... que venga á explicarse en el seno de la Comisión.

La señorita Le Quesnoy, que estaba muy rodeada de adoradores, recomendaba su tamborilero á un periodista

UNIVERSITÄT
BIBLIOTHEK
MÜNCHEN
1910

jero, cara impudente y aplastada, suplicándole que no se fuera hasta el fin; reñía á Mejean, que no la apoyaba, tratándolo de falso meridional, de renegado. En el grupo inmediato se agitaba acalorada discusión política. Una boca que no respiraba más que ódio se avanzaba con espumarajos entre los dientes, machacando las palabras para emponzoñarlas, y decía:

—Aquí hay todo lo que la demagogia tiene de más subversivo.....

—Ese es un Marat conservador, dijo una voz que se perdió entre el confuso rumor de las conversaciones, del choque de los platos y de los vasos, que el timbre de la voz resonante de Roumestan dominó inopinadamente diciendo: «¡Señores, señoras, pronto!..... Vais á perder la sonata en fa.»

Seguio á estas palabras profundo silencio, y la larga procesion de los aburridos, que más parecían arrastrarse que andar, recomenzó á lo largo de los salones. Las mujeres parecían desesperadas, como cautivas á quienes se vuelve á la mazmorra despues de una hora de paseo en el campo. Los conciertos, las sinfonías se suceden; el hermoso Mayol recomienza á gesticular, y la Vauters á tentar las cuerdas de su voz. De repente hubo un movimiento de vida, de curiosidad, semejante al que produjo la presencia de la Bachellery; produciólo el tamborin de Valmajour; la aparición del soberbio campesino, con su chambergó inclinado sobre la oreja, la faja encarnada ceñida á la cintura, y la chaqueta colgada al hombro, idea de Oliverta, producida por su instinto de mujer, que esperaba produjera efecto por el contraste con los nuevos fracs. Que sea enhorabuena; al ménos todo esto es nuevo, imprevisto; así el artista como su tambor y su pito, y los lindos aires de sus dos instrumentos, producen un estremecimiento despertador de las sensaciones de todas aquellas señoras. Al público, fatigado con la música y los artistas que ya está cansado de oír, le conmueven las notas frescas y embalsamadas

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF ART AND
ARCHAEOLOGY
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

de aromas silvestres de los estribillos de la Francia antigua, y por todas partes resuenan en la sala los «¡Bravo! ¡Bravo!..... ¡Que se repita!.....» Y cuando comienza la *Marcha de Turena* con un ritmo amplio y guerrero, que la orquesta acompaña á la sordina, el delirio llega á su colmo. Oblíganle á repetirla hasta diez veces; Numa toma entónces por su cuenta la fantasía de las señoras, y cuenta cómo ha descubierto aquel genio, explica la maravilla del flautin, y da detalles sobre el antiguo castillo de los Valmajour.

—¿Se llama de véras Valmajour?

—Seguramente..... Es el último vástago de los príncipes de Baux.

La leyenda corre los salones; se poetiza; en fin, una verdadera novela de Jorge Sand.

—Yo tengo los pergaminos, dice Bompard con tono que no admite réplica. En medio de aquel entusiasmo más ó ménos ficticio, un corazón se conmueve, una cabecilla se embriaga tomando por lo serio aquellos bravos y aquellas leyendas. Sin decir palabra, sin aplaudir, con los ojos fijos, extraviados, sigue, balanceando su esbelto y ligero talle, cual si soñara, las cadencias de la heroica marcha..... Era Hortensia, que soñaba encontrarse allá abajo, en la Provenza, en la alta plataforma del castillo, dominando la campiña iluminada por el sol poniente, mientras el músico le daba la bienvenida, como á una dama de las córtés de amor, que con ruda gracia ponía en las cuerdas de su tamborin la flor del granado silvestre. Este recuerdo la conmovia deliciosamente, y apoyando la cabeza en el hombro de su hermana, le decía en voz baja: «¡Oh, qué bien me encuentro!»

Profundo era el sentimiento que la dominaba, pero á Rosalia no le llamó la atención por entónces.

—¡Hola, hola! ¡bravo, Valmajour!..... ¡Cuando yo os lo decía!..... ¡Qué éxito! ¿eh? exclamaba Roumestan en el

saloncito en que habian preparado una cena para los artistas, que encontraban muy exagerados los aplausos al pito y al tamborin. La pequeña Bachellery no se encontraba enfadada; representaba su papel de niña entre un grupo de jóvenes *gomosos*, riendo, mariposeando y mordiendo como un colegial, sin ceremonias, un panecillo y una lonja de jamon. Luégo ensayaba el flautin de Valmajour.

—Ved, señor Ministro, qué bien toco el pito; pero aperci- biendo á Cardaillac detras de Su Excelencia, haciendo una pirueta, le ofreció su frente de *chiquilla* para que la besára, diciéndole:

—Un beso, tiito.

Aquel era un parentesco fantástico, una adopcion de bastidores.

—Bien haces el papel de falsa aturdida, murmuró el Em- presario, aunque no tan alto que ella pudiera oírle, pues ya veía en ella una pensionista influyente.

Valmajaour mostraba su necedad rodeado de mujeres y de periodistas, en pié, delante de la chimenea. El corresponsal de un periódico extranjero lo interrogaba brutalmente, mas sin lograr turbarle. El campesino le respondia repitiendo su estereotipada relacion. *Así es como se me ocurrió, durante la noche, oyendo cantar el ruiseñor.* Interrumpióle la señorita Le Quesnoy, ofreciéndole un plato y una copa, llenados á su intencion, y diciéndole:

—Buenos dias, señor.... Yo tambien os traigo la merien- da. Ella habia interrumpido y cortado el efecto de la relacion del artista, quien se contentó con responderle inclinando lige- ramente la cabeza y mostrándole la chimenea para que de- positára en ella su ofrenda, diciéndole brutalmente: «Bien, bien.... Poned eso allí....», y continuó su historia. Sin des- alentarse, Hortensia esperó que concluyera para preguntarle por su hermana.

—¡Qué contenta se pondrá!

—Sí, esto no ha ido del todo mal.

El pobre hombre estaba infatuado y retorcia el negro bi- gote, dirigiendo en torno suyo miradas inquietas. Habíale dicho que el Director de la Ópera queria hacerle proposicio- nes, y lo buscaba con la vista, sintiéndose ya mordido por los celos de actor, sorprendiéndole que pudieran ocuparse duran- te tanto tiempo de una cantarina tal como la Bachellery. Preocupado con este pensamiento, apénas se dignaba prestar atencion á su jóven protectora, que estaba delante de él con el abanico en la mano, en esa graciosa actitud de confiada desenvoltura que produce el roce del gran mundo. Ella, sin embargo, lo amaba así; desdeñoso y frio para todo lo que no era su arte. Ella lo admiraba al ver la altanería con que es- cuchaba el bombardeo de cumplimientos con que trataba de aturdirlo el tuno de Cardaillac.

—Sí.... sí.... os lo digo como lo pienso.... Teneis talen- to.... y muy original.... muy nuevo.... Yo quiero que sea el teatro de la Ópera donde os estreneis ante el público.... Yo buscaré ocasion para presentaros. Desde hoy os podeis consi- derar como de la casa.

Valmajour pensaba en el papel sellado que tenía en el bol- sillo; pero el otro, como si adivinára esta preocupacion, le tendió su mano ligero y le dijo:

—Querido; hé aquí nuestro compromiso.... Y señalándole con el dedo á Mayol y á la Vauters, felizmente ocupados en otra cosa, añadió: «Preguntad á vuestros camaradas lo que vale la palabra de Cardaillac.»

Diciendo esto, volvióle la espalda y se fué al baile. Los sa- lones no estaban ya tan llenos de gentes, pero sí más ani- mados, y la admirable orquesta se vengaba de las tres horas de música clásica con los valeses más vivos.

Los graves y elevados personajes se habian marchado, de-

jando el campo libre á la juventud, ansiosa de bailar á sus anchas aturdiéndose, dando vueltas y más vueltas, que la excitaba hasta el delirio; pero ni aun entonces perdió la política sus derechos, ni pudo realizarse la fusión soñada por Roumestan. De los dos salones en que todavía se bailaba, al uno le llamaron del centro izquierdo, y al otro del blanco de lis más puro, á pesar de los esfuerzos de Hortensia para ligar los dos campos. La cuñada del Ministro, hija del primer Presidente, era por todos muy obsequiada, gracias á su arte y á su influencia. Lappaza, muy excitado, mientras bailaba con ella le recordaba que Su Excelencia le había permitido esperar.... Concluido el vals, ella lo abandonaba sin darle tiempo para concluir, y se dirigía á Mejean, que no bailaba, diciéndole:

— ¡Vaya un aspecto de hombre grave y razonable que tenéis!

Él le tomaba una mano y le decía: «Sentaos aquí; tengo algo que deciros.... Autorizado por mi Ministro....» Él sonreía conmovido, y en el temblor de sus labios Hortensia comprendía, y se levantaba sin dejarle concluir: «No, no.... esta noche yo no puedo escuchar nada; bailo....» Y se salvaba en los brazos de Rochemaure, que acababa de invitarla para el cotillon. Enamorado de ella también, aunque no fuese más que por imitar á Lappaza, el joven se atrevió á pronunciar una palabra, á la que Hortensia respondió con una carcajada que, á pesar del ruido, se oyó en todo el salón; y cuando la figura de las bandas terminó, se acercó á su hermana y le dijo en voz baja:

— Estoy lucida.... Numa me ha ofrecido en matrimonio á sus tres secretarios.

— Y tú ¿con cuál te quedas?

Antes de que respondiera se oyó un redoble del tamborin... «¡La farandola.... la farandola!....» El Ministro había

preparado una sorpresa á sus invitados: la farandola para concluir el cotillon.... «Pero ¿cómo se baila esto?» decían los que no eran meridionales.... Las manos se atraen unas á otras y se agarran, y esta vez al menos se mezclan y se confunden los blancos y los azules. Bompard explica á las señoritas que lo ignoran lo que han de hacer para ser grandes farandoleras; Hortensia se pone á la cabeza, y la farandola se desarrolla á través de los grandes salones, seguida de Valmajour, que tocaba con gravedad soberbia, orgulloso de su éxito y de las miradas que le valen su varonil y robusto contorno y su vestido original. «¿No es verdad, decía Roumestan, que es todo un real mozo?.... ¡Parece un pastor griego!» De sala en sala la rústica danza gana prosélitos, se aumenta la rapidez de su movimiento, de manera que á los bailarines les parece que las figuras de los tapices que adornan las paredes bailan también, aunque andando en sentido contrario, hasta convertirse en marcha su carrera desenfrenada y loca como la de ellos.

Allá abajo en el fondo, Cardaillac, pegado al aparador, con un plato y un vaso en las manos, oye, come y bebe, henchido de ese calor que produce el placer, á pesar de su frío escepticismo: «Recuerda, chico, decía á Boissarie.... Cuando se va á un baile se debe permanecer hasta el fin.... Hay en el aire algo de música, y el polvo huele bien; todos sienten una casi embriaguez que afina las sensaciones y que debemos saborear con un trozo de ave fiambre regada con vino helado.... ¿Qué te parece?.... Mira aquello....»

En el espejo se veía desfilan la farandola; los brazos extendidos formaban un cordón alternado de negro y claro.... «¿No es verdad que vale la pena de verse?.... ¡Y el fantasma que cierra la marcha!.... ¡Vaya un perfil!....» Luégo añadió friamente poniendo el vaso en el aparador: «Sin embargo, el dinero que ése gane que me lo claven en la frente.»